

FERNANDO SOLANO PALACIO

**JARDÍN
DE AGRACIA**



Los versos que escribe Solano en este libro, son, como todos los suyos, poseedores de una chispa de sabiduría y de sinceridad, cuando no de genio. No hay duda de que el talento campea sereno y fecundo a través de toda la obra de este inspirado compañero.

Jardín de Acracia, está dividido en dos partes, la primera de Palacio y la segunda de Astru Astur, poeta norteamericano, inspirado en las luchas sociales.

Se reproduce aquí la primera parte del libro *Jardín de Acracia*, es decir, la correspondiente a Palacio.

Fernando Solano Palacio

JARDÍN DE ACRACIA

Digitalización: KCL (Kolectivo Conciencia Libertaria)

Extraído de Slideshare:

<https://es.slideshare.net/slideshow/jardn-de-acracia-solano-palacio-y-astru-astur/1753906>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

De Asturias yo sé un canto...

Asturias

¡Madre!

Dolor de madre

Canto de cuna

Moros en España

La niña piensa en la guerra

Hijo del pueblo

POEMAS DE GUERRA

El horror de la guerra

Cuando caen las bombas

Es la muerte que pasa

Vengüemos los caídos

Las dos miserias

En la calle

¡Madrid, ciudad heroica!

La gran traición

Soliloquio en la España franquista

HUMORISMO

Sacrificio

Prejuicios atávicos

La calumnia

Optimismo

Devolución

Devolución

Del odio

Madre Tierra

AMBIENTE SOCIAL

En el café

Noches neoyorkinas

El Vapor Durte...

Niños abandonados

En la calleja

Yo soy así

Una perversa

Silueta nocturna

El viajero

Elegía

Acerca del autor

PRÓLOGO

El que se dispone a hacer el prólogo de una obra, está obligado a decir la verdad sobre el tema que trata. Eso es precisamente lo que me propongo hacer en este prólogo que abre la puerta por donde el querido lector habrá de pasar al Parnaso, al que pertenece Solano Palacio.

Los versos que escribe Solano en este libro, son, como todos los suyos, poseedores de una chispa de sabiduría y de sinceridad, cuando no de genio. No hay duda de que el talento campea sereno y fecundo al través de toda la obra de este inspirado compañero. Así también en *Jardín de Acracia*, escrito en dos partes, la primera de él y la segunda del mencionado poeta norteamericano, inspirado en las luchas sociales.

Si la generalidad de los llamados productores y el público lector de sus pamplinas, no lo ha reconocido todavía, ello se debe solo y exclusivamente a que la mayoría de los lectores

viven del engaño y de la mentita propagada en los ambientes que soportamos.

Los sabihondos que manejan la llamada cultura, lectores bíblicos y palaciegos, no es posible que conozcan las obras de Solano Palacio, más conocido en los países extranjeros que en su propio país; España. Como prueba de ello tenemos el valor de sus obras sociales y novelescas. Una de ellas, *Entre dos Fascismos*, editada primeramente en París y después en Chile, además de otras ediciones, en el año de 1949, desde Chengtu Sze, china, el compañero Lu Chien Bo, le escribió pidiéndole autorización para traducir al chino esta obra famosa.

Por eso es que impone una vez más dejar bien aclarada esta cuestión del talento de Solano Palacio, combatido permanentemente por muchos de los que se creen príncipes de las letras internacionales, protegidos por los partidos políticos o sectas religiosas.

En esto hemos de decir también, para ser sinceros, que son muchos los compatriotas suyos que con mayor tesón han pretendido apagar este faro del arte, revelado tanto en sus acciones como en sus trabajos literarios, que alumbró el corazón de los seres humanos desde hace cuarenta años, y al que odian con un rencor ancestral, porque nunca se quiso someter a sus mandatos arbitrarios e injustos. Tal es el odio que engendró en ellos la verdad, la valentía y el sentimiento

de avanzada de la producción del autor que les estamos presentando.

Uno de los hechos que han demostrado la capacidad y el valor de Solano Palacio, fue la publicación de dos sonetos, en la revista *Cénit* de Toulouse (Francia), contra el tirano opresor y criminal que oprime a los españoles, protegido por el clero. El dictador comprendió que entre los diferentes ataques que al través de más de veinte años, los republicanos le habían dirigido, nada le hicieron tanto daño como los sonetos titulados: *Un criminal arrepentido*. Su temor y su odio lo demostró Franco en el acto, ordenando en forma diplomática, abrir un juicio contra el autor y la revista que los publicara.

La poesía de Solano se parece en muchos casos a la de Bécquer, y además de superar al autor de las *Rimas*, en profundidad y sabiduría, no pierde ello nada de la belleza de la poesía bequeriana. ¿Acaso no será suficiente para demostrar nuestras opiniones, realizar una concienzuda lectura de las poesías que van en el presente libro? Creemos que sí, y en esto, como en la mayoría de las cosas, el lector tiene la palabra.

Pero si esto fuera poco, para nosotros, la actividad, la obra y otros detalles de la biografía de Solano, nos dice mucho; pues tiene una cualidad ética que lo coloca muy por encima de muchos escritores, a quienes la sociedad, por sus

prejuicios y errores da fama. Él es distinto a ellos: sus escritos, tanto en prosa como en verso, tienen un sentido perfectamente humanitario, revelador de su lucha contra las injusticias sociales.

Además de las obras ya publicadas por este autor, conocemos muchas inéditas, de una producción extraordinaria, que algún día verán la luz para beneficio de la humanidad,

Él es uno de los que a pesar de todo, no ha recibido ningún premio, ni alicientes por su esfuerzo; al contrario de esto, ha sido, al través de su vida, martirizado cruelmente. En Madrid, fue dejado por muerto por la policía de la República, que lo apaleó ferozmente, y como resultado de su obra enjundiosa y famosa: *La tragedia del Norte*, fue varias veces perseguido por los traidores al derecho humano, para matarlo.

No lo lograron por causas verdaderamente sorprendentes: Una vez, porque el Comité Regional de la FAI de Cataluña salió en su defensa de una manera honrosa e inolvidable; otra porque los esbirros comisionados para darle el “paseo”, mandados por los traidores incrustados en el seno de la CNT, para destruirla, se negaron a hacerlo, por estimar que era imposible que Solano fuese un traidor a la causa del antifascismo, según aseguraban los instigadores en su contra; en otra ocasión fue un comandante asturiano, paisano suyo, apellidado Rozas, de la Felguera, el cual había

combatido a su lado en los frentes de Asturias, contra el franquismo, el que se presentó en un ministerio, durante la guerra, el año de 1938, para decirles con dignidad:

El día que por su causa a Solano le suceda algún daño, vendré con una compañía de mi batallón para vengarlo...

Para finalizar, los que gustan exclusivamente del arte por el arte, no sigan adelante y dejen el libro a un lado; porque solamente aquellos que buscan en el arte la expresión de una voluntad puesta al servicio de sus semejantes, leyendo *Jardín de Acracia* encontrarán la satisfacción del deber cumplido, para actuar en consecuencia.

Cosme Paules

De Asturias yo sé un canto...

Yo sé un canto sublime y heroico,
un himno que lleva en sus blancas alas
desdén y entusiasmo, risas y sollozos,
que tienen perdones y tienen venganzas.
Es el himno del pueblo doliente,
que sufre, que gime, que solloza y canta,
y en confuso murmullo llega a mis oídos
cual grito ahogado, de angustia y de rabia.

Es el himno rebelde que entona
los mil sufrimientos, escritos con lágrimas,
con imprecaciones, con triste silencio
(elocuencia muda de las grandes almas).

¡Que vengan los tristes a cantar conmigo
sus duelos sombríos, sus penas amargas!
¡Agrúpanse todos bajo este lábaro
para emprender luego, cantando la marcha!

¡Yo se un canto de odios y amores
que lleva escondido detrás de una máscara
todos los pesares del hombre que sufre,
que llora en silencio, que odia y que ama!

Asturias

Asturias: Hondos Valles, gargantas y cabañas,
con sus altivas rocas, de nieve coronadas:
sus torrentes ruidosos, de aguas claras y frías;
sus hondos socavones, de oscuras galerías;
hondos desfiladeros; amplias landas marinas,
empinadas colladas, cielos de bocaminas...
sus mineros sombríos y fuertes montañeses
han seguido el ejemplo de los aragoneses.

Nada arredra a esos seres que suben el calvario
de la vida, inspirados en sentir libertario:
Ni el odio de los guardias, que de sangre sedientos
inventan refinados y sádicos tormentos;
ni la miseria fiera que han sabido llevar,
fueron causas bastantes para doblegar.
Han sido en la pelea esforzados titanes
que en Olloniego, Mieres, Oviedo y Campomanes
lucharon con denuedo e inaudito valor
por el advenimiento de un régimen mejor.

Surgieron de los pozos profundos los mineros;
las obras y talleres dejaron los obreros,

cansados de una vida llena de sinsabores,
rebelándose en contra de sus explotadores.
Desde lejanos pueblos acudían a miles
campesinos valientes, osados y viriles
al campo de lucha, y aquellos compañeros,
de las guerrillas eran siempre de los primeros.

Llevaban en sus pechos anhelos libertarios
los parias del trabajo, todos los proletarios.
El símbolo de lucha encarnada en la Idea;
desde el taller sombrío a la lejana aldea
había una corriente de justicia y amor
entre los productores, unidos y hermanados
por intereses mutuos; todos mancomunados,
a una vida aspiraban más humana y mejor.

Primero fue el estruendo, la horrísona pelea
que anunció a los obreros la lucha por la Idea.
Como un clarín de guerra, del valle a la collada
corrió la voz de alarma de esta gran asonada
U. H. P. la consigna de la insurgencia fue:
se oían dondequiera los gritos de: ¡U. H. P!¹
Los esclavos del agro, los siervos seculares,
empujados por odios de ocultos avatares,
llegaban entusiastas desde pueblos lejanos,
jurando el exterminio de todos los tiranos.

¹ Hermanos, Proletarios, Uníos.

Llegaban en camiones desde Riosa y Morcín de Quirós, La Felguera, de Sama y Carbayín, de Grado, de Teverga, de Laviana y Aller, los obreros, dispuestos a morir o vencer. Iban a los cuarteles de los guardias civiles, armados de escopetas, en busca de fusiles.

¿No visteis los fantoches de Asalto paseando borrachos y ostentosos, al pueblo provocando? ¿No los visteis del pueblo compensar el trabajo con injurias soeces y a golpes de vergajo? A estas fieras sombrías les siguen los sabuesos del orden, que a estacazos suelen romper los huesos. Estos son los que todo lo husmean, tan serviles, tan bajos, tan abyectos, miserables y viles que a la especie canina deshonoran: son los tales inferiores de todos los pobres animales.

Todos estos bichejos, aves de mal agüero se escondían cobardes en cualquier agujero cuando el pueblo, cansado de esperar tanto en vano se tomó la justicia, obrando por su mano, desafiando impávido la chusma de opresores: guardias, frailes y curas, caciques y señores.

¿No visteis esos hombres rudos de la montaña descender a los valles? Son la savia de España; son los rudos mineros, los simples campesinos

que no quieren mandones ni dioses asesinos;
es el pueblo insurrecto que arremete de cuajo
contra cuantos vivieron de su esfuerzo y trabajo.
Mercedes, privilegios, honores y grandezas;
los palacios, el oro, las cuantiosas riquezas
nada valdrán, se dice porque los que luchamos
llevamos por divisa: “no más dioses ni amos”,
y aspiramos a una futura sociedad,
basada en la justicia, el amor y la verdad.

Cárcel de Oviedo, 1935.

¡Madre!

¡Madre! Palabra sagrada;
que en tu seno nos llevaste,
que cual nadie nos amaste;
digna eres de ser amada!

Tú que al hombre diste el ser,
criándole cariñosa;
eres, ya amante o esposa,
o madre, ¡bella mujer!

En las horas de pesar
de incertidumbre y dolor,
nos convidas al amor
que una madre sabe dar.

Nadie como tú da al niño
el amor y la ternura;
y al hombre triste, el cariño,
y al desdichado, ventura.

Eres madre cariñosa
besando al niño inocente

en la mejilla, en la frente
y en su boquita de rosa.

Y dice el niño travieso,
meciéndose en tu regazo
mientras que con un abrazo
maternal, le das un beso;

“¡Mamita, te quiero mucho...!”
le dice el niño y la besa.
“¿Qué dices, hijo? que escucho...?
¡Merecer una princesa!”

Dice la madre, y se calla
con pena, porque ha sabido
que su esposo muerto a sido,
luchando, en una batalla.

¿Quién no escuchó la canción
suave y sentida de alguna
madre que mece en la cuna
al hijo de su corazón?

Dolor de madre

I

A altas horas de la noche
llegan a casa los guardias,
y golpean a la puerta,
del fusil con la culata.
“Levántense pronto” gritan;
a ver... ¡Esa puerta abran!”

Entran y todo lo miran,
lo revuelven y lo palpan:
las ollas de la cocina,
los colchones de las camas,
la alacena, los armarios
que rompen y descerrajan.

“¿Dónde está su hijo?” preguntan
furibundos a la anciana.
“¿Mi hijo? ¡ay! no lo se
porque hace días que falta”

Acósanla con preguntas,
con insultos y amenazas;
y, cuando quieren con hechos
sustituir las palabras,
el hijo, como un felino,
ágil, desde arriba salta,
gritando lleno de ira
y de odio, a la canalla:

¡No la toquéis! ¡es mi madre!
¡Aquí estoy yo; si hace falta
matadme, pues, pero a ella,
ante todo, respetadla!”

Le rodean y feroces
apúntanle con las armas,
y en las muñecas le ponen
esposas americanas.
Le conducen al camino,
pegándole bofetadas,
mientras que la pobre madre
cae al suelo desmayada.

II

Es ya tarde de la noche,
es ya la noche avanzada,
cuando por el mal camino,
a la carretera bajan.
Todos marchan en silencio,
en silencio todos marchan,
por el áspero camino
que baja de la montaña.
En el valle grita un búho
en la aldea, un perro ladra,
mientras bajan en silencio,
mientras que en silencio bajan,
adonde el camión espera,
con el motor puesto en marcha.

III

Llegan al cuartel sombrío,
pasan al cuarto de guardia;
y allí se mezclan con risas
los insultos y amenazas.

Un sombrío cancerbero
al calabozo lo baja,

donde lo dejan sin ropa,
y el suelo le dan por cama.
Se cierra la férrea puerta,
y se oyen las pisadas
del esbirro que se aleja...
Reina el silencio en la estancia,
silencio que a veces turba
una blasfemia lejana...

IV

Ábrese por fin la puerta
y lo llevan a una sala,
donde como veinte esbirros,
con sus vergajos le aguardan:
amárranle a una columna,
con las manos a la espalda,
y luego le hacen preguntas,
con insultantes palabras
pero, él, cual si nada oyese,
ni viera lo que allí pasa,
permanece indiferente
al insulto y la amenaza

Un sayón que se le acerca,
con una goma alambrada,

le pega en la cabeza,
en el pecho y en la espalda,
y de nuevo le preguntan,
y de nuevo le amenazan;
pero, ante la negativa,
ante el silencio que guarda,
despreciando a sus verdugos
esta víctima inmolada
en aras de la justicia;
uno le escupe en la cara,
otro, le tira del pelo,
otro cobarde le llama.

Enarbolan los vergajos
y le golpean con saña,
¿cuánto tiempo? No lo sabe,
Que al fin cae y se desmaya...

Para que pase el desmayo,
le arrojan un cubo de agua;
y lo cuelgan por las manos,
esposadas a la espalda.
¡Y otra vez vuelven los palos,
las burlas y carcajadas!

V

Es de noche. Es posible,
que sea de madrugada,
cuando vienen a buscarlo,
y medio muerto lo sacan
del calabozo, y lo meten
en un coche que le aguarda

Salen a la carretera
sin decir una palabra,
y en un lugar, apartado
de todo poblado, paran.

Lo llevan entre fusiles,
medio andando, medio arrastras,
de la carretera a un lado,
a una pequeña explanada;
y, allí, cerca del ribazo,
con una pared por tapia,
le vendan, y después de esto
repercute en la montaña,
como un eco pavoroso,
el eco de una descarga...
Y regresan al cuartel
ya casi de madrugada:
son de asalto, van contentos,
y hasta gritan: ¡Viña Azaña!

Satisfechos de sus obras...
¡Allí no ha pasado nada!

VI

La madre busca a su hijo,
llena de pena, angustiada;
y entre suspiros y llantos,
va contando sus desgracias.

“Fui al cuartel a buscarlo,
y allí pregunté a los guardias
por el hijo de mi amor,
el hijo de mis entrañas,
por el hijo que una noche
me lo sacaron de casa.
Y todos, a mis preguntas,
decían no saber nada;
y me pasé en el rastrillo,
esperando la mañana”

A todos los que veía,
a todos les preguntaba,
si sabían de mi hijo,
¡Y nadie me contestaba!

Unos miraban con pena,
otros miraban con lástima,
mientras que yo les decía:
¿Dónde está mi hijo? y lloraba.
A mis lloros y a mis penas,
los guardias que allí se hallaban
decían: “Meterla presa,
que está loca esta aldeana”

Canto de cuna

“Madre”, cántame la copla
que me solías cantar,
meciéndome en tu regazo,
cuando me ibas a acostar.

¿Por qué no cantas ahora
como cantabas? ¿Será
porque no viene a besarnos
desde hace tiempo papá?

Mira a la niña la madre,
con deseos de llorar;
quiere venir y no puede,
porque la embarga el pesar.

Pero ¿lloras? qué te pasa?
¿Por qué suspiras, mamá?
“¡No es nada! ¡Duérmete, hija!
¡duerme, que voy a cantar!...”

Cántame, madre una copla,
que otra vez quiero escuchar
la canción que me contabas
cuando me ibas a acostar...

La madre canta la copla,
mientras siente resbalar
dos lágrimas en silencio
por su marchitada faz.

Y meciendo en su regazo
la nena que duerme ya,
canta una canción de cuna,
con acento regional.

Moros en España

¡Moros que a España han venido
moros que a España han llegado;
no son tan perversos ellos
como el que a España los trajo!

De los que dicen a Dios
servir con fe y entusiasmo:
estos son sus defensores
más ardientes y probados:
que en España ya no existen
como antaño, los soldados
dispuestos a defender
una doctrina de engaño.

Moros que de allende el mar,
desde el desierto africano,
habéis llegado a esta tierra,
a verter sangre de hermanos,

que es sangre de hijos del pueblo,
sangre del proletariado.

No os odio por ser moros,
ni por ser negros ni blancos;
que otros tienen almas negras,
aunque se llamen cristianos.

Moros que fuisteis de España
en otro tiempo expulsados
por esos mismos que hoy
os traen para matarnos.
Como obediente mesnada,
como rebaño de esclavos,
os traen en las bodegas
de algún barco aherrojados.

Moros que venís de lejos,
de allá, donde habréis dejado
el cariño de los vuestros,
los afectos más preciados,
¿no comprendéis que venís
a defender los tiranos?

Tarik, en busca de gloria,
desembarcó en suelo hispano,
por Julián, el godo infame
y otros traidores guiando;

más, vosotros ¿qué esperáis
del triunfo de los tiranos?

Moros que venís de lejos,
desde el desierto africano,
a defender la opresión,
a matar vuestros hermanos,
contra el déspota luchad,
que también sois explotados.

La niña piensa en la guerra

La niña pensaba triste,
oyendo el bronco rumor
de los bélicos aprestos
y el redoble del tambor,
la causa del desaliento
y de tanta desazón
como existía en el pueblo,
y a su madre pregunto:
“Madre, dime ¿de las guerras
cuál es la causa y razón?
¿Por qué se matan los hombres?
¿por qué tan bárbaros son?
Si se aman como ellos dicen,
en el nombre de ese amor
¿cómo es que siembran la muerte,
el espanto, y el horror?”

La madre quedó confusa
un instante, y respondió;
”Nuestra causa es tan sagrada,
porque es la cusa de Dios;
nuestros soldados defienden

la bandera y el honor,
nuestras santas tradiciones,
nuestras santa religión
nuestra libertad, el suelo
que nos vio nacer, el sol
que nos calienta y alumbra,
en fin, la propia nación...

Más, la niña, cabilosa,
dijo: "No me explico yo
esas cosas que me dices,
porque comprendo que no
es la patria la que ahora
se defiende con tesón,
ni tampoco es la honra
y menos la religión,
porque lucháis entre hermanos,
porque lucháis los que sois
hermanos fieles en Cristo,
hijos del único Dios,
y os aliáis con los que adoran
al que ordena la opresión.
¿No lloras tú por los tuyos?
y ¿no lloramos las dos
por mi papá que se ha ido
a la guerra y no volvió?
Lloran por sus tiernos hijos
las madres con aflicción.

La alegría de los rostros
hacia tiempo que marchó;
caras tristes y dolientes
encuentro por donde voy,
a cambio de la alegría,
del contento y buen humor
que antes sentíamos todos
cuando tocaba el tambor
u otra música cualquiera
o se oía una canción.

Donde quiera había contento:
desde el pájaro cantor,
que la floresta alegraba
hasta el confuso rumor
de élitros con murmullos
de insectos, hoy se trocó
en doloridos lamentos
y en blasfemias de dolor.

Dices, madre, que la guerra
la hacen por servir a Dios;
no comprendo a un Dios que ordena
nuestra propia destrucción”

“¡Hija mía, no preguntas
cosas que no las se yo!”

“¡Madre, yo quiero saberlas;
porque saber debo yo

cómo siendo Dios tan justo,
tan excelso y bienhechor
permite que el hombre mate
sus hermanos sin razón!”

Quedó la madre callada,
triste la madre quedó,
pensando si aquella niña
de pensamiento precoz,
que como un interrogante
preguntaba la razón
del por qué de muchas cosas,
y dudaba hasta de dios,
¿no estaría más acertada
que ella en su necio fervor
de adorar cosas que nunca
nadie supo o comprendió?

Y entonces fue cuando ella
también de su Dios dudó,
viendo como permitía
la terrible destrucción
de las cosas que los hombres
llaman civilización.

Y cuando estaba pensando

estas cosas, escuchó algo así como un silbido horrísono que zumbó en los aires, espantable, seguido de una explosión.

Las brigadas que llegaron cuando el estruendo pasó, intrépidas, se encargaron de recoger, del montón de humanos despojos, algo que nadie identificó...

Hijo del pueblo

Este hijo del pueblo viene
a defenderse, dispuesto
a morir; antes que esclavo,
él aquí, quiere ser muerto.

Vedle luchar con arrojo
contra el fascismo extranjero,
sin temer esos aviones
que bombardean los pueblos

Vedle, bajo de ese lábaro
del Ideal, rojo y negro,
enarbolando muy alto.
¡Es el Ideal del Pueblo!

Quizá haya sido pastor
de ovejas en campos yermos;
tal vez empuñó la esteva,
o fue en la fábrica obrero,
o albañil, o limpiabotas,
mozo de hotel, o minero,

Lo que fue no nos importa;
sabemos que es un guerrero
que defiende de su España
con heroísmo y denuedo,
la libertad mancillada,
por traidores y extranjeros.

Es un luchador valiente
que anima a sus compañeros
en el fragor de la lucha,
dando al enemigo el pecho.

¡Él es orgullo de España,
y España del mundo entero!

POEMAS DE GUERRA

El horror de la guerra

*A la memoria de los compañeros del batallón
de Asturias 52, al que yo pertenecía.*

Esto que ayer fue campo de ventura,
es campo de dolor y de amargura...

De la aviación siniestra los ruidos,
de las bombas que caen, los silbidos...
Luto y desolación, horror y muerte
e indiferencia por doquier se advierte.
Caravanas de seres alocados;
niños con el asombro en los semblantes;
mujeres que dan gritos, delirantes;
pueblos abandonados,
convertidos en ruinas humeantes...

Desde el fondo sombrío

del valle, donde el cristalino río
entre zarzas y alisos se desliza,
hasta la alta montaña inaccesible,
coronada de nieves y caliza;
aquí donde la vida fue apacible,
cae la bomba horrísona y estalla,
esparciendo mortífera, metralla
que desarraiga el árbol milenario,
conmoviendo la entraña
del valle, la colina y la montaña.

En la aldea apacible y sosegada,
donde al volver de tarde a la mañana,
los rebaños de ovejas,
bajando, de los valles por senderos,
se escuchan de dolor las tristes quejas
de los desventurados,
heridos por aviones extranjeros.

Asombrados los ojos
de contemplar los míseros despojos
de tantos y tan buenos compañeros,
cuyos restos mortales,
quedan, por estos montes esparcidos...
y, las quejas oír de los heridos,
que, abandonados a la propia suerte,
como único favor piden la muerte.

Con la mente embotada,
insensible al dolor que me rodea;
miro en mi torno, y contemplo en cada
uno que cae allí, a la excelsa idea.

Entre el rudo tronar de los cañones
no sienten ya el dolor los corazones.
Antes que ser herido o prisionero,
le dice el combatiente al compañero
con un valor supremo y espartano:
¡No me dejes aquí! ¡mátame, hermano!
¡hunde en mi pecho el afilado acero!

¡Ya se acercan los bárbaros! ¿qué quieren?
Es la civilización hecha trilita:
es la raza maldita...!
¡La raza de Caín... Hombres que mueren
con fe en un ideal, con heroísmo;
hombres airados, que en su odio insano,
poseídos de ira y fanatismo;
y ésta, de Asturias, plácida existencia.
la convierten en campos de demencia!

Arriendas, Asturias, octubre de 1937.

Cuando caen las bombas

Silban las bombas. Al explotar conmueven
la tierra y el espacio;
y, por el aire lanzan, en girones,
los despojos humanos.

Hacía unos segundos que vivían
contentos, confiados,
y ahora no son nada...
materia corrosible, son guiñapos,
ifragmentos de una alegre existencia
que ya ha acabado!

¿Cómo identificar a los amigos,
a los seres amados,
a los deudos que las madres y los hijos
andan buscando?

La Muerte iguala a todos:
al niño y al anciano,

a la ramera y a la virgen casta,
al inculto y al sabio,
al mendigo y al rico...
a todos la catástrofe ha igualado.

Es la muerte que pasa

Una explosión horrible... otra y otra...
Saltan
los vidrios en pedazos;
se salen de sus goznes las ventanas...
y, en medio del fragor y del espanto
silba la bomba que al caer estalla.

Ayes y gritos de dolor se oyen.
¡Es la Muerte que pasa!

Afuera el humo... Son las casas que arden...
En el suelo informes; ensangrentadas masas;
todas las gentes al subterráneo corren.
con espanto y dolor arrebatadas.

En medio del pavor y el desaliento,
llegan las ambulancias;

recogen los heridos...

recogen los despojos... carne humana...

Ayes y gritos de dolor se escuchan.

¡Es la muerte que pasa!

Barcelona, 18 de marzo de 1938.

Vengamos los caídos

Desolación y luto...

En las viviendas nadie:
mezclados con escombros
yacen muchos cadáveres.

¡Ay! ¿que vale la vida? ¡¡¡Me pregunto!!!

Ante este crimen, ante este horror ¿qué vale?

Si vivamos que sea por lo menos
para vengar la sangre
de los muchos caídos,
de los miles de mártires.

Barcelona, 1938.

Las dos miserias

El comedor es amplio. Ventanales
con vista a la mar y con cristales.
Una puerta
de sencillo montaje, medio abierta.
Están las mesas servidas.
hay sabrosos manjares y bebidas...
Alabo los manjares,
Aunque el hambre cambió los paladares.

“Compañeros”,
es el hombre que dan los camareros
a los nuevos clientes. Ya llegamos,
ávidos de comida y nos sentamos
en torno de una mesa, donde brilla
el vino en las botellas,
entre fina vajilla,
y el olor incitante de paellas.

Ya llega el compañero. Entre sus manos
trae una gran paella, tentadora...
¿Quién se acuerda ahora

de los propios hermanos
y de esa humanidad que sufre y llora?

De la vida encantado,
engullo, satisfecho
el arroz, sazonado con un pecho
de pollo, bien guisado:

¡Qué dulce es el vivir! ¿Quién pesimista
se siente con manjares a la vista?
¿Podrá negar de la existencia el gozo
cualquier idealista,
comiendo, con arroz, de pollo un trozo?

Pero miré hacia fuera,
y al través de los diáfanos cristales
vi una niña mirar, con ojos tales
de ansia, de avidez... de tal manera,
que sus ojos bellos,
los nítidos destellos
mi corazón llenaron de tristeza
y la angustia sentí en la tortura,
y, ante aquella mirada dulce y pura,
comprendí que perdía la cabeza.

Me acordé con pena
que, aunque lejos de allí, tenía una nena,
una amante y querida compañera;

y que, que quizás mi hija, en tal instante,
famélica, andrajosa y anhelada
miraría al través de una vidriera...

Yo que con alborozo
contemplaba aquel trozo
de pollo, bien guisado,
queriendo resarcirme de un pasado
de tragedias horribles y miserias,
me recordó la niña mi pobreza,
latentes dolores
presuntos de futuros sinsabores

Y, cogiendo mi plato de paella,
me dirigí a donde estaba ella,
y se lo di, diciendo: “¡Mata el hambre!”
Pero el pequeño enjambre
de clientes adustos que allí había,
se mofaba de mí y se sonreía,
mientras yo, dolorido contemplaba
a la niña, inocente criatura,
que a sentir de la vida la amargura,
en su más tierna edad ya comenzaba...

Valencia, 1938.

En la calle

Fuera la multitud que ríe alegre,
mientras la Muerte por doquier acecha.
Es necesario disfrutar la vida,
se dice, y solo en disfrutar se piensa.

Con un corto permiso,
los soldaos que de los frentes llegan,
se embriagan,
buscando con alcohol matar sus penas.

Pretenden aturdirse y olvidarse
de los terribles cuadros de la guerra,
buscando en los placeres de la vida
el bálsamo que cure sus fatigas.

La vida es tan fugaz, comentan unos:
la Muerte ronda cerca...
¡Mañana marcharemos para el frente!
¡Gocemos, pues, las horas que nos quedan!

¡Madrid, ciudad heroica!

La calle está desierta. Se cree que nadie toma en serio la tragedia del humano dolor,
¿Quién detrás de esa risa que a los labios asoma no esconde ¡ay! el recuerdo de algún perdido amor?

¿Quién detrás de esa máscara alegre de la vida que llevan las mujeres que vemos discurrir contentas, por las calles, no adivina la herida de la honda tragedia de un incierto vivir?

El pueblo madrileño es el único en la tierra que frente a los sucesos terribles de la guerra, con estoicismo heroico, prefiere sucumbir.

Antes que ser esclavo del protervo extranjero.
¡Madrid, alma del pueblo, alma del pueblo ibero!
que el yugo con paciencia nunca pudo sufrir!

Madrid, febrero, de 1938.

La gran traición

Se sublevaron cerriles
los que la Ley proclamaron
y el orden aseguraron
con espadas y fusiles.
Tanto los guardias civiles,
Como los doctos prelados,
Generales, potentados
y otra laya de señores,
se tornaron en traidores
aleves y renegados.

Durante las noches, cuando
la gente rendida duerme,
sobre la ciudad inerme
van la metralla arrojando.
Así el espanto sembrando
noche y día, van doquier:
acá grita una mujer
que invoca a Dios y amenaza;
es el grito de la raza
que a traición quiere vencer.

Contra su pecho, amorosa,
su hijo, la madre estrecha,
mientras por doquier acecha
la muerte más espantosa.

De aquella carne de rosa,
blanca, suave y perfumada;
de aquella dulce mirada
de aquella risa inocente
quedarán seguramente
fragmentos, despojos, nada...

Acá la bomba que estalla
con horrísono fragor,
que esparce muerte y horror
entre el humo y la metralla.
¿Qué dice el niño que calla,
Ya miedoso, ya espantado,
Ya curioso, ya aterrado
Por los horrores que ve,
y se pregunta el por qué
de cuanto ocurre a su lado?

¿A qué evocar el espanto
de aquel hondo sufrimiento?
Sin pronunciar un lamento,
sin un indicio de llanto,
sin quejas sufre el quebranto

este pueblo singular
que ya no sabe llorar;
acostumbrado a sufrir:
antes prefiere morir
que arrollado implorar:

A este pueblo que esforzado,
en la más notable hazaña
que se conoce, de España
el nombre ha reivindicado;
lo vemos sacrificado,
víctima del odio insano
del verdugo y del tirano
que a España humilla y somete
con el sable y el bonete
en nombre del Dios cristiano.

Del dios-hijo, ese cordero
que exhorta a la concordia,
pidiendo misericordia
desde lo alto del madero.
Hoy, en su nombre, el artero
querellante se acomoda
al buen vivir; y hasta enloda
de su mismo Dios el nombre,
para gozar como un hombre,
dado al placer y a la moda.

Y “¡Viva el Caudillo y Dios!”
gritan, medio sintoístas
y ufanos, los falangistas
de su gran ensueño en pos.
Y así, de entre estos dos
que causan profundos duelos,
discrepan y sienten celos,
cegados por falso brillo:
unos aman al Caudillo
y otros al Dios de los cielos

¿Familia, hogar, religión?
¡Qué sarcasmo, qué vileza!
¡Hablar de excelsa grandeza
Cometiendo una traición.
¿Dónde está, pues, la razón
de esta deshonrosa hazaña?
¿Cómo creer la patraña
de una España libertada,
si la vemos maniatada,
en poder de gente extraña?

A su fe, menguada ley,
convierten, y contumaces
chillan, con gritos procaces:
“Viva Dios y Cristo Rey”
Para esta insolente grey
que doblando la rodilla

ante sus dioses se humilla,
oprobiosos nunca son
la deshonra ni el baldón
que la degrada y mancilla,

Estos son los que clamaron
en púlpitos y cuarteles
contra el pueblo, con crueles
amenazas que aplicaron;
ellos son los que faltaron
a solemne juramento
los que luego, descontentos,
para mantener sus fueros,
acudieron a extranjeros,
de hispana sangre sedientos.

Luego, en esta lucha impía
que ensangrentó nuestra tierra,
a los que hacían la guerra
sólo el odio los movía;
y el niño que allí caía
con la cara ensangrentada.
ni era rojo, ni era nada
que denunciarlo pudiera:
era un niño español, era
una vida en flor tronchada.

Estos nefastos traidores,

de sangre en horrenda orgía,
ebrios, se creen todavía
de España los salvadores.
Dicen que son redentores,
que al país han liberado.
Ellos que lo han degradado
con la más negra traición
ahora dicen que son
¡los que a la patria han salvado!

Llamar español no quiero
a todo aquel que reniega
de su patria, y con fe ciega
obedece al extranjero;
al que ayudó con dinero
a los rebeldes traidores,
que aplaudió a los invasores
que de España el suelo hollaron
y las bombas arrojaron,
causando estragos y horrores.

Los que en su escudo arreos
denigrantes colocaron,
y con un yugo enlazaron
unas flechas por trofeos;
quieran ser o no, son reos
de la más alta traición
al honor de la nación;

porque, ¿cómo pueden ser
españoles sin tener
horror a toda opresión?

Para los tiempos futuros
sus nombres, siempre malditos,
queden grabados y escritos
en las rocas y en los muros:
que la fama por perjuros
tan conocida y notoria,
se converse en la memoria
del pueblo, siendo execrados,
por infames y malvados,
cuando los juzgue la Historia.

Soliloquio en la España franquista

La sangre riega los campos
la sangre riega las calles...
Sangre que ampara la tierra,
sangre inocente y más sangre...

El odio lo cambió todo.
Cuando existe y cuanto vale,
es aquí tenido a mengua,
por la chusma despreciable;
porqué su consigna es odio,
perfidia y espionaje.
No hay quien mira cara a cara,
ni que piense, ni quien hable;
el temor hace que el hambre
se someta y se acobarde;
que oculte sus pensamientos
y tema que lo delaten.

Todos callan; se aborrecen:
¡hay odios en todas partes,

perfidias y desconfianza
recelos y falsedades!...

No hay hermanos, no hay amigos,
no tienen confianza en nadie;
desconfían de los hijos
más tiernos, los propios padres.

La delación repulsiva,
la deslealtad cobarde
la felonía más ruin,
son aquí acciones loables,
que esconden falsas sonrisas
de algún plácido semblante.

La consigna que tremolan
los fascistas a los aires,
es la insignia que cobija
sus instintos criminales.

¡Todos callen, se aborrecen!
¡Hay rencor en todas partes!
Odio, sadismo y maldad,
bajezas y falsedades.

Y en este mundo de odios,
donde premian al infame,
no hay alegría ni amor,
ni franqueza para nadie.

En todas partes fascismo,
dictadura en todas partes;

en Rusia como en España,
del pueblo corre la sangre.
Tienen nombres diferentes;
pero, obrando son iguales;
en un lado está la checa
y en el otro la falange.
Sangre que empapa los campos,
los pueblos y las ciudades;
sangre generosa y buena
que está corriendo a raudales,
¡sangre del pueblo español,
sangre de inocentes!, ¡Madre!

HUMORISMO

Sacrificio ²

En la selva del mundo, donde flota,
al viento, cual bandera soberana,
la maldad de los hombres, y lozana,
por todas partes, la cizaña brota,

penetré, presintiendo mi derrota,
entre una vil caterva que inhumana,
con un odio cerril y furia insana,
me pretendió colgar de la picota.

² Unos pocos sujetos de Asturias, entre los que se hallaban individuos recién ingresados en la organización de la CNT, en su mayoría, procedentes de partidos políticos, que eran poseedores de un timbre de la Regional de la CNT de Asturias, León y Palencia, reunidos entre ellos, en aquella vida de nuevos ricos, cuando fue publicado mi libro *La tragedia del Norte*, publicaron una nota en toda la prensa española de nuestros dominios, expulsándome de la CNT y de la FAI, para poder asesinarme, como a un delincuente. La Federación Regional de Grupos y Agrupaciones Anarquistas de Cataluña, publicó una nota defendiéndome contra los ataques de aquellos malhechores.

Proseguí solo por la abrupta senda
del malvado, del rencor desafinado,
imperturbable siempre, y como ofrenda
a tantos sacrificios de mi vida,
intentaron matarme, desgarrando
mi corazón, en odio fratricida.

Prejuicios atávicos

Hablamos del atávico prejuicio que domina a esas gentes que vegetan en círculos viciosos donde nacen, en el ambiente social que les rodea.

Y, aquellos que se creen emancipados, que pretenden tener juicio y conciencia de sus actos, se mueven torpemente en inmundo de oprobios y miserias.

¿Dónde la libertad está del hombre?
¿Adónde volver los ojos que no vea a esclavos que proclaman libertades para aherrojar al pueblo con cadenas?

La calumnia

Como bola de nieve que rodeando,
desde la cumbre salta a la llanura,
y se convierte en nauseabundo fango,
así es la calumnia.

Como el agua que salta de la roca
y va cayendo de la nube, en lluvia
y se mezcla con lodo en las cloacas,
así es la calumnia.

Como la mujer casta en apariencia
nido de aberraciones y lujuria,
que simula bondad y causa daño,
así es la calumnia.

Conozco los hombres...

Conozco a los hombres... los conozco un poco:
como se conocen las propias desgracias,
como se conoce el espino que hiere,
la víbora astuta, que muerde y que ataca;
las muchas miserias, los bajos instintos
que abriga en su pecho la familia humana.

Yo se de las penas, de los sinsabores
de las amarguras que hieren el alma:
conozco la injuria del perdonavidas;
la torpe calumnia, la fiera amenaza,
el odio maligno del ser despreciable
que acecha, o maquina alguna venganza.

Se de ingratitudes, se de muchas cosas
muy desagradables para ser contadas
porque ya he sufrido mucho desengaño,
del dolor probado la hiel más amarga:
porque ya en mi cuerpo clavarse he sentido

de la fiera monstrua, la potente garra.

.

¿Los hombres? Los hay altruistas, los hay generosos pero existen otros que también son hombres, que entregados a sus egoísmos ni aman las ideas, ni sienten las causas.

Optimismo

No culpéis las ideas. Son los hombres los falsos, veleidosos y mudables, que, sin sentir el fuego de la Idea, quizá sean rebeldes, quizá audaces...

Son los mismos de siempre los que gritan, los que hablan de luchar y verter sangre, los que huyen del peligro, los traidores a sus propias palabras, los cobardes.

Otros son valientes abnegados que viven para amar sus ideales... y, ¡ay, del día que al mundo estos locos, soñadores le falten!

Devolución

Si una sonrisa irónica
sorprendéis en mis labios,
y en mi torpe palabra,
un agudo sarcasmo,
que, como una saeta
que otros envenenaron,
os hiera despiadada;
nada tiene de extraño...

¡Otra vez os devuelvo
lo que antes me habéis dado!

¿Ladran? es que cabalgo

(Refrán árabe)

Sigamos el camino, mis amigos,
sin importarnos los ladridos fieros
de esa jauría hidrófoba, que acecha
nuestro paso, del bosque en el lindero

Escucho sus ladridos de impotencia
como un lejano ruido, allá, muy lejos;
allá abajo, muy hondo, donde moran,
del mendrugo a la caza, muchos perros.

Barcelona, abril, de 1938.

Del odio

Como algo ingrato y duro que desgarrar el espíritu,
Imprimiendo, imborrable, su honda huella, la pasar;
como algo que deprime, que aniquila y encoge,
el Odio nos sorprende, matando la Amistad

Las heridas escuecen, los ultrajes agobian,
los insultos golpean con su fuerza brutal;
bajo del negro manto de dudas solapadas,
la Calumnia implacable nos hiera sin piedad.

Como agoreros cuervos que nublan el espacio,
agitando sus alas con siniestro croar,
en el límpido cielo de nuestros ideales,
infames despreciables ensalzan la maldad.

Como fiera temible que se oculta en la sombra
sedienta de venganza, y agazapada está,
al acecho, esperando a la víctima inocente,
para clavar en ella sus garras sin piedad.

Así el odio cobarde acecha traicionero
su víctima en la sombra para poder saciar

sus anhelos morbosos, sus designios malvados,
hiriendo por la espalda desde la oscuridad

Esas plumas que escriben lo que la infamia ordena,
la calumnia que humilla; pues, saben difamar,
son las armas temibles, que algunos servidores
de aquellos que les pagan, saben utilizar.

¿Qué hacer? nos preguntamos cuando alevosamente
en la espalda nos clavan el afilado puñal.
Nada: guardar silencio. Nadie se siente inmune
contra una viperina lengua que inspire el mal.

¿Qué importa al individuo así vilipendiado
el agravio sufrido frente a la humanidad?
No es el hombre al que hiere este odio malsano
que mata toda idea de justicia y bondad.

Los ataques arteros de la maledicencia
como algo inevitable debemos aceptar,
porque son tan mezquinos, porque viven tan bajo
en sus antros de vicio, sin fe en el ideal.

Las angustias sufridas, los dolores más íntimos
de pasados ultrajes, sepamos perdonar;
y, en cambio recordemos aquellas obras buenas
que un día nos causaron grata felicidad.

Madre Tierra

Mientras mudos, los árboles esperan silenciosos el agua que las nubes en sus vientres trasportan, sus brazos sarmentosos hacia el cielo levantan y musitan plegarias, al choque de sus hojas

Las nubes silenciosas sobre la Tierra pasan, mirándola con ojos de piedad y terneza, y desgarran sus túnicas y derraman sus aguas en el seno fecundo de nuestra madre Tierra.

La Tierra se estremece cuando cae la lluvia, cuyas gotas recibe maternal en su seno; el Árbol ondulante, extiende agradecido sus brazos implorantes, desnudos, hacia el cielo.

Y surge en todas partes una oración de gracias a Indra, a Buda o a Cristo, en las distintas lenguas de los hombres, en tanto va cayendo la lluvia, a estas oraciones del ser humano.

AMBIENTE SOCIAL

En el café

Del café, en un rincón, estoy sentado.
Unos músicos que entran
se sientan a mi lado.

Sobre una mesa posan
dos guitarras muy viejas
y un violín usado.
¡Oh, violín sensible! ¡Cuántas quejas
habrás lanzado!...

Más lejos, adorando al Dios Baco,
entre vahos de alcohol y de tabaco,
un grupo, coreado por dos furias,
una vieja canción canta de Asturias.

¡Oh la dulce tonada

que ahora me conmueve,
que despierta añoranzas
en mi cansada mente;
que me trae recuerdos
tristes y vehementes...
año la he escuchado
muchas veces!

La escuché cabe el río,
cabe la fuente,
con fervor y con ansia,
como el creyente
que de sus ídolos
la voz oyere.

Noches neoyorkinas

Invierno que vienes con paso callado;
invierno sombrío,
que tienes especial cuidado
en visitar siempre el hogar desolado
del pobre que expira de hambre y de frío.

Ya las calles tienen aspectos cambiantes;
se ven dondequiera niños mendicantes,
flacos y ateridos, con hambre y con frío,
buscando un refugio, al lado de las puertas

Detrás de las altas murallas sombrías,
de los rascacielos, en locas orgías,
el vicio celebra regios esponsales
con sus compañeros de lujo o derroche...
y mientras se ríen, en sus bacanales
fiestas, choca el agua contra los cristales
en el silencio trágico de una oscura noche.

La nieve, la nieve; el manto de armiño
que cubre las calles y les da belleza,
pero, más de un niño,

falto en esta noche de amor y cariño
el largo camino de la vida empieza.

Aquí en estas calles, sobre la humedad
de un suelo nevado, sin ropa ni pan
el hombre que ha amado a la humanidad
es más desgraciado que un mísero can.

Esta es la escuela ruda de la vida,
donde el hombre aprende, a fuerza de experiencia
que en el alma humana el egoísmo anida,
que para el caído no existe clemencia.

Hay frío en las almas y en los corazones,
el cálculo práctico de este siglo vil,
hizo de los hombres fieros campeones
de una lucha baja, villana y servil.

Cual blanca, mortaja que todo lo cubre
en la noche fría,
blanquea la nieve esta larga vía,
que recorro, donde la vista descubre
algún mendicante,
o alguna ramera,
o algún negro coche de porte elegante,
que pasa a mi lado, con veloz carrera.

Acaso a esta hora

alta de la noche,
regresa en su coche
una pecadora,
que vende sus besos en lúbrica orgía
mientras tanto que esa pobre desgraciada
que lleva en su alma la guerra clavada
del dolor, se esconde de la policía.

Invierno que todo de blanco lo vistes,
irreconciliable y feroz enemigo
de todos los pobres, de todos los tristes,
que cruzan la vida, faltos de un abrigo,
en tu frío aliento guardas más calor
que guardan los hombres
en eso que invocan con los falsos nombres
de amistad y amor...

Nueva York, 1920.

El Vapor parte...

Ya toca la sirena...

El vapor parte...

Voces de despedida;

miradas anheladas;

se agitan los pañuelos,

y en el aire

se presienten los besos

que se dan, con los ojos, los amantes.

Se hacen muchas promesas,

ya de una u otra parte...

promesas de escribirse

y de nunca olvidarse...

Apoyado en la borda,

veo a la gente quedarse,

saludando, en el puerto
a cuantas amistades,
desde el barco, agitan los pañuelos
mientras que el vapor parte.

Y de mi, que voy solo,
no se despide nadie.

A bordo del Atenas, Colón, 1918.

Niños abandonados

Debajo de este puente,
escuchando el rumor de la corriente
del cenagoso río;
desafiando el inclemente frío,
unos niños dormitan,
cubiertos con andrajos, y tiritan
bajo el puente metálico. Por techo
tienen de hierro las heladas vigas,
y la arena del río como lecho,
para descanso dar a sus fatigas.

Pobres desventurados
niños, abandonados
a la inclemencia fiera
del tiempo que principian su carrera
una noche de frío,
al abrigo de un puente, junto al río.

Sueñan con exquisitos y olorosos
manjares y soñando son dichosos;

al despertar, al lado la corriente,
bajo el puente de hierro
recibiendo el calor de un pobre, un pobre perro,
ese animal que suele ser el amigo
más fiel de el que no tiene pan ni abrigo.

Santiago, mayo, de 1941.

En la calleja

De la obscura calleja,
donde ahoga el dolor la triste queja
de algún niño que llora,
surge la clandestina pecadora.

Asoma su figura
de frágil y doliente criatura,
que mira recelosa
a uno y a otro lado, temerosa.

¿Adónde se encamina?
Avanza poco a poco hasta la esquina;
fisgueda la avenida;
se para, temerosa y cohibida...

Como una flor ajada,
su cuerpo de juvenil adolescente
lo va ofreciendo a cada
hombre que ve pasar, baja la frente..

Los restos de su carne mancillada
que nadie estima ya ni pone precio,
ofrece la infeliz; y halla el desprecio
de los hombres brutales y egoístas
que sueñan con hallar nuevas conquistas.

Yo soy así

Siempre el dolor: su despiadada garra
en mis carnes se ceba más y más:
cuando se hunde en mi ser y le desgarras
y hablan de claudicar, digo: “¡Jamás!”

¡Jamás claudicare! Ir adelante,
del progreso en la senda es un deber:
¡No es un hombre aquél que claudicante
se rinde al amor de una mujer...!

Una perversa

Una mujer perversa; es la película que unas damas juzgaban con horror. “A todo hay quien gane en esta vida de engaños y maldad”, les dije yo.

Decían: “Es una infame” “Lo comprendo; otras conozco que peores son, ella mata y engaña exasperada, por desprecio, por odio o por rencor.”

¡Cuántas hay que no matan con pistola pero hieren de muerte y a traición!

Silueta nocturna

Voy andando. Muy oscura
observo que está la noche:
la luz apenas fulgura:
Pasa un elegante coche
con veloz marcha a mi lado,
cuando descubro en la acera,
con el perfil demacrado,
la cara de una ramera.

Dentro del coche se halla
un hombre, pudiera ser
que éste fuera aquel canalla
que abuso de esta mujer.

El viajero

Pasaje de tercera.

En confusión los hombres se amontonan
en la inmunda bodega...

hay mal olor... olor a podredumbre,
podredumbre y miseria.

La atmósfera cargada

está de emanaciones putrefactas...

Acá restos inmundos de comida,

allá asqueroso vómito, que exhala

un vaho maloliente, que se eleva

en este ambiente nocivo, recargado de miasmas.

Los hombres se confunden y se mueven,

al débil resplandor de luz siniestra,

como larvas inmundas, arrastrándose

en el fondo de una cueva,

respirando una atmósfera insalubre,

como míseras bestias.

Pasaje de primera.

Me tratan de señor y caballero...

Me da pena pensar que entre los hombres
el valor esencial es el dinero.

A bordo del Palena,
en el mar Pacífico, rumbo a Panamá, 1918.

Elegía

*A la memoria del pintor Florentino Previst Zanetta,
fallecido en esta ciudad el día de mayo, de 1960.*

Hoy nos visita el pesar.
muerto este pintor que fue
un entusiasta, con fe
en la pintura del mar.

Nació en Chile. Fue su nombre
Florentino. Es un honor
el talento de este hombre
que fue un celebre pintor.

Su Arte por cosas ciertas,
eran barcos, velas, olas;
le gustaba estar a solas
y pintar en las cubiertas.

En todas partes pintaba
mares claros o sombríos;

olas bravas o navíos
que el huracán azotaba.

Para él que no sentía
odio por nadie en la tierra,
las desdichas de la guerra,
cual ninguno, las sufría.

De elevados sentimientos,
de los pueblos la pobreza,
y los muchos sufrimientos,
observaba con tristeza.

Tan amante de los mares
era, que en ellos buscaba
la calma que le apartaba
de sus penas y pesares,

En la soledad vivía:
ya cansado de pintar,
gozaba oyendo cantar
dos canarios que tenía.

Alegres ellos cantaban,
con gorjeos; mientras tanto
sus dos hermanas estaban
prontas a romper en llanto.

Falleció muy resignado,
este célebre pintor.
A Chile gloria y honor
con sus pinturas ha dado.

Los que tanto lo quisimos
por su bondad y su arte,
somos los que le sentimos
del duelo formado parte.



ACERCA DEL AUTOR

FERNANDO SOLANO PALACIO, fue un escritor libertario español nacido en 1887.

Emigró a América en su juventud y pasó durante diez años por Argentina, Chile, Panamá y Nueva York, donde trabajó en los astilleros.

Al regreso a España colaboró en las revistas anarquistas, Tierra y Libertad y Revista Blanca. Participó activamente en

la Revolución de Asturias. Escribió el libro, Jardín de Acracia, en la cárcel de Oviedo durante 1935. Fue miembro de la CNT y de la FAI.

Otros libros suyos son: La revolución de octubre. Quince días de comunismo libertario, La tragedia del norte. Asturias mártir, Entre dos fascismos y el aquí presentado: *Jardín de Acracia*, volumen compartido con Astru Astur.